

verdadera estrella. La única influencia maléfica que debes temer es la duda.

WALLENSTEIN.—Estás hablando según te es dado alcanzar. ¡Cuántas veces te lo expliqué!... Naciste en el punto en que tocaba á su ocaso Júpiter, el dios de la luz, y no te fué dado penetrar el misterio, ni salir de las tinieblas de la tierra donde vives sumergido como un troglodita. Tu ciega mirada sólo percibe pálidos y tenues fulgores de subterráneo. Puedes, es verdad, juzgar de lo vulgar y terrestre con tacto y prudencia, y por eso tengo en ti confianza y me inclino siempre á tu parecer. Mas para ver los misterios que se realizan en las profundidades de la naturaleza, ó la escala de los espíritus que arrancando del polvo sube hasta los astros, y por donde ascienden y bajan las potencias celestes; para abarcar los cerrados círculos que se estrechan al rededor del sol, su centro natural; para esot, hay que tener los ojos abiertos, hay que ser hijo perspicaz de Júpiter. (*Después de haber dado algunos pasos por la sala, se detiene y continúa.*) Los astros no sirven sólo para medir el día y la noche, la primavera y el verano, el tiempo de la siembra ó de la siega; no. También las acciones de los hombres son como fecunda simiente sembrada en los oscuros campos del porvenir, y confiada por la esperanza al poder de la fortuna. Fuerza es conocer, pues, el tiempo propicio de la siembra por los signos del cielo, á fin de saber si se oculta en ellos con su maléfico influjo el enemigo del éxito y de la prosperidad. Dejadme, pues, aguardar, y haced en tanto lo que os toca. Ahora no puedo decir lo que haré, pero sí que no cederé, eso no: ni yo cederé ni ellos me depondrán. Partid de este supuesto.

UN CRIADO (*sale*).—Los señores generales...

WALLENSTEIN.—Que pasen.

TERZKY.—¿Quieres que entren todos?

WALLENSTEIN.—No hay necesidad. Pueden entrar

los dos Piccolomini, Maradas, Buttler, Forgatsch, Deodati, Caraffa é Isolani. (*Terzky se va con el paje. A Illo.*) ¿Hiciste vigilar á Questenberg?... ¿Habló á alguien particularmente?

ILLO.—Buen cuidado tuve de observarlo. Sólo ha visto á Octavio.

ESCENA VII

Dichos. — QUESTENBERG, los dos PICCOLOMINI, BUTTLER, ISOLANI, MARADAS, y otros tres generales. Á una señal del duque, Questenberg se sienta en frente de él y los demás se colocan por orden de jerarquía.—Pausa.

WALLENSTEIN.—Me he enterado perfectamente, Questenberg, de vuestra comisión, y después de maduras reflexiones he tomado mi partido, que es irrevocable. Conviene, sin embargo, que los generales oigan de vuestros labios la voluntad del Emperador. Dignaos exponer á estos nobles capitanes vuestro encargo.

QUESTENBERG.—Estoy dispuesto á ello; mas antes os suplico que recordéis que hablo sólo como representante de la soberanía y dignidad del Emperador, y no por propio impulso.

WALLENSTEIN.—Excusad los preámbulos.

QUESTENBERG.—Cuando Su Majestad el Emperador confirió el mando del valiente ejército al duque de Friedland, experto y coronado de gloria, fué con la esperanza de ver mudarse bien pronto la suerte de la guerra, y tomar un sesgo más favorable. Pareció al principio que iban á realizarse sus deseos. Libertada Bohemia de los sajones, y detenida la invasión de los suecos, este país empezaba á respirar desde el momento en que el duque obligó á reunirse sobre un solo punto al ejército enemigo disperso por Alemania, y

forzó al ringrave, á Bernardo, á Banner, á Oxenstern, al mismo rey invencible hasta entonces, á reunirse en Nuremberg, y terminar la lucha con una gran batalla decisiva.

WALLENSTEIN.—Al grano, si os place.

QUESTENBERG.—Bien pronto un nuevo espíritu reveló la presencia de un nuevo jefe. No era ya la guerra el choque brutal de un furor ciego contra otro furor más ciego todavía. En las batallas, sabiamente dirigidas, vióse la firmeza resistiendo á la audacia, la habilidad y la prudencia fatigando al arrojo. En vano intentaba el enemigo forzar el combate; el jefe se parapetaba y fortificaba en su campo, como si hubiese querido fundar en él su morada. Entonces, desesperado el rey, arrastra á un asalto á sus tropas, diezmadas por la peste y el hambre, y acostumbrado á no hallar obstáculo alguno en su marcha, intenta abrirse violento paso á través de aquellas trincheras que vomitan la muerte en torno. ¡Jamás se había visto tal arrojo en el acometer, ni tal firmeza en el resistir!... Vióse forzado á retirarse con el ejército destrozado, y sin que tamaño sacrificio de gente le valiera una sola pulgada de terreno.

WALLENSTEIN.—Excusadnos la relación, leída en los boletines, de lo que vimos con nuestros propios ojos con horror.

QUESTENBERG.—Aunque traigo la comisión de presentar algunos cargos, me complace entretenerme en el elogio... En esto el rey de Suecia perdió su reputación en Nuremberg, y la vida en Lutzen. ¿Quién no se sorprendió viendo que tras esta gran jornada huía el duque de Friedland á Bohemia, como si hubiese sido derrotado, y abandonaba el teatro de la guerra, mientras el joven héroe de Weimar avanzaba sin obstáculo por la Franconia, se abría camino hasta el Danubio, y parecía de golpe ante Ratisbona con espanto y terror

de los fieles católicos? De repente, en su mayor apuro clama por socorros el digno príncipe de Baviera. Siete mensajes envió el Emperador al duque de Friedland, rogándole y conjurándole cuando podía mandar como señor... ¡Todo en vano!... El duque sólo atiende en aquel supremo instante á su rencor, á sus antiguos odios; sacrifica el bien público al deseo de vengarse de su antiguo enemigo, y Ratisbona sucumbe.

WALLENSTEIN.—¿A qué tiempo se refiere, Max?... Lo tengo olvidado...

MAX.—Habla de cuando estábamos en Silesia.

WALLENSTEIN.—¡Ah!... sí... ¿A qué habíamos ido allí?

MAX.—A batir á los sajones y á los suecos.

WALLENSTEIN.—Está bien. Con la descripción me olvido de toda la guerra. (*A Questenberg.*) Continúa.

QUESTENBERG.—Acaso iba á desquitarse en el Oder de lo perdido vergonzosamente á orillas del Danubio. Todos esperaban ver desplegarse nuevas maravillas sobre aquel nuevo teatro de la guerra, donde Friedland en persona, Friedland, el rival de Gustavo Adolfo, iba á encontrarse frente á frente con un Thurn y un Arnheim. Pero nada ocurrió. Halláronse en efecto muy cerca uno de otro, mas fué para tratarse como amigos, y cumplirse recíprocamente los deberes de la hospitalidad. Y mientras Alemania gemía bajo el peso de la guerra, reinaba la paz en el campamento de Wallenstein.

WALLENSTEIN.—Sólo los generales bisoños, necesitados de victorias, suelen librar batallas sin motivo alguno. Cabalmente la ventaja de un general acreditado consiste en que nada le obliga á combatir para mostrar al mundo su valor y su pericia. ¿De qué me hubiera servido ejercer con un Arnheim el ascendiente de mi fortuna? Más ventajosa hubiera sido para Alemania mi moderación, si con ella hubiese logrado desbaratar la funesta alianza de sajones y suecos!

QUESTENBERG.—Pero no lo lograsteis, y estalló de nuevo la guerra... En ella justificó el príncipe su antigua reputación. Sin descargar un solo golpe, el ejército sueco hubo de deponer las armas en los campos de Steinau, y esta vez la justicia divina entregó á la venganza á Matías de Thurn, el hombre funesto que había encendido con impía mano la tea de la discordia... Pero cayó en poder de un vencedor generoso. Lejos de ser castigado, otorgósele una recompensa. El príncipe libertó y cargó de beneficios al mortal enemigo del Emperador.

WALLENSTEIN (*sonriendo*).—Ya sé que en Viena habían alquilado ya ventanas y balcones para verle pasar en la fatal carreta. Podía perder vergonzosamente la batalla, sin que nadie alzase el grito, pero ¡privarles de semejante espectáculo!... eso no me lo perdonan nunca.

QUESTENBERG.—Libre ya Silesia, todo llamaba al duque á Baviera oprimida. Emprende en efecto la marcha, y atraviesa lentamente Bohemia tomando el camino más largo. Pero, súbitamente, antes de haber visto al enemigo, retrocede á toda prisa á sus cuarteles de invierno, y viene á oprimir el territorio del Emperador con los mismos ejércitos imperiales.

WALLENSTEIN.—Lástima daba verlos, necesitados de todo, víctimas de las mayores privaciones, y con el invierno en perspectiva. ¿Qué idea se ha formado Su Majestad de sus tropas? ¿Acaso no somos hombres de carne y hueso como los demás, y sujetos por tanto á los rigores del frío y de la lluvia, y á todo género de padecimientos? ¡Qué suerte tan condenada la del soldado! Donde quiera que va, todos huyen delante de él; en cuanto se retira, todos le maldicen. Forzado á tomárselo todo por su mano, puesto que nadie le da nada, acaba por ser objeto de horror de los mismos que se lo niegan todo y que le obligan al despojo. Aquí

están mis generales. Caraffa, conde Deodati, Buttler, decidle cuánto tiempo hace que las tropas no reciben su paga...

BUTTLER.—Un año llevamos sin cobrar.

WALLENSTEIN.—Y sin embargo, fuerza es que el soldado reciba la soldada; hasta su mismo nombre trae de ella su origen.

QUESTENBERG.—No era éste el lenguaje del duque de Friedland ocho ó nueve años atrás.

WALLENSTEIN.—Es verdad; he aquí mi falta; yo mismo he acostumbrado mal al Emperador. Nueve años atrás, cuando la guerra de Dinamarca, puse en pié un ejército de cuarenta ó cincuenta mil hombres sin que le costara un ochavo. Aquellas furiosas huestes desencadenaron la guerra sobre Sajonia, é hicieron retemblar las orillas del Belt con el nombre del Emperador. ¡Qué tiempos aquellos! En todo el imperio no había entonces nombre más aclamado y más honrado que el mío. Alberto de Wallenstein era el tercer diamante de la corona imperial. Pero vino la dieta de los Príncipes en Ratisbona, y todo cesó. Allí descubrieron de qué fondos me había valido. ¿Y cuál fué mi recompensa por mi comportamiento de fiel vasallo, por haberme atraído la maldición de los pueblos, y haber hecho pagar á los príncipes los gastos de una guerra que sólo al Emperador engrandecía? Sacrificarme á sus quejas... deponerme!

QUESTENBERG.—Vnecencia no ignora cuánto coartó la libertad del Emperador aquel desdichado congreso.

WALLENSTEIN.—¡Mil rayos!... En mis manos estaba el poder de devolvérsela... No, señor, no. Desde que me salió tan mal servir al trono á expensas del país, he aprendido á pensar de otro modo. Es verdad que del Emperador he recibido el mando, pero como general del imperio lo empleo en el bien y la salvación de todos, no en el engrandecimiento de uno solo...

Mas vengamos á lo que importa. ¿Qué quieren de mí?

QUESTENBERG.—Ante todo, quiere el Emperador que el ejército salga sin dilación de Bohemia.

WALLENSTEIN.—¿En la actual estación? ¿Y hacia dónde quiere que nos dirijamos?

QUESTENBERG.—Al encuentro del enemigo. Porque Su Majestad quiere que se purgue de ellos Ratisbona antes de Pascua, y cesen de resonar en sus catedrales las predicaciones luteranas y las abominaciones de la herejía, que profanan la santidad de aquellas fiestas.

WALLENSTEIN.—¿Es posible, señores?

ILLO.—No, no es posible.

BUTTLER.—No es posible.

QUESTENBERG.—El Emperador ha ordenado al coronel Suys que avanzara hacia Baviera.

WALLENSTEIN.—¿Y qué ha hecho Suys?

QUESTENBERG.—Lo que debía: se ha puesto en marcha.

WALLENSTEIN.—¿Se ha puesto en marcha, cuando yo le mandé expresamente que continuara en su puesto?... ¿No está á mis órdenes?... ¿Esta es la obediencia que me deben, y sin la cual no es posible la guerra?... Juzgad vosotros, señores. ¿Qué merece el oficial que viola su juramento y falta á la disciplina?

ILLO.—La muerte.

WALLENSTEIN (*viendo que los demás reflexionan, dice alzando la voz*).—Conde Piccolomini, ¿qué ha merecido?

MAX (*tras largo silencio*).—Según la ley, la muerte.

ISOLANI.—La muerte.

BUTTLER.—Con arreglo á ordenanza, la muerte.

(*Questenberg se levanta, Wallenstein hace luego lo propio, y los demás le imitan.*)

WALLENSTEIN.—Le condena la ley, no yo. Si le indulto, agradézcalo á la consideración que me merece el Emperador.

QUESTENBERG.—Entonces, nada me resta que añadir

WALLENSTEIN.—Yo no acepté el mando sino con ciertas condiciones: fué la primera, que nadie, absolutamente nadie, ni siquiera el Emperador, pudiese dar una sola orden al ejército, en menoscabo de mis atribuciones, puesto que si respondo de todo con mi honor y mi cabeza, justo es que sea el dueño. ¿Por qué fué irresistible é invencible Gustavo? Porque era el rey de su ejército, y al hombre que es realmente rey, sólo pueden vencerle sus iguales. Pero volvamos al hecho; falta lo mejor.

QUESTENBERG.—El Cardenal-infante desalojará Milán la primavera próxima para llevar un ejército español á los Países-Bajos, atravesando Alemania. Para asegurar su marcha, quiere el Emperador que vaya acompañado de ocho regimientos de caballería.

WALLENSTEIN.—¡Comprendo!... comprendo!... Ocho regimientos... ¡Qué bien imaginado está, padre Lamormain! A no encerrar tan infernal astucia, tentado estaría de calificar de necio el proyecto... ¡Ocho mil caballos!... Sí, sí, perfectamente;... ya veo á dónde se dirigen.

QUESTENBERG.—En esto no hay segunda intención... lo impone la prudencia... la necesidad lo manda.

WALLENSTEIN.—¡Señor embajador! ¿Cómo no queréis que entienda que están cansados de ver entre mis manos la espada del poder, y aprovechan el más insignificante pretexto para desmembrar mi ejército y se valen del nombre español para traer aquí nuevas fuerzas no sometidas á mi mando?... Pero soy muy fuerte todavía para que me den de lado. En mi convenio se establece que todos los ejércitos del Emperador estarán sujetos á mi mando, en toda la extensión del territorio alemán, pero no se habla ¡claro está! de tropas españolas, ni de infantes que atraviesan Alemania de paso, como viajeros... Así trabajan secretamente y en

silencio en la obra de debilitar mi poder de día en día, hasta inutilizarme del todo y sentenciarme luego... Pero, ¿á qué semejantes rodeos, señor ministro?... Hablad con toda franqueza. El pacto que el Emperador concluyó conmigo, le pesa, y quisiera que me retirase ¿no es esto? Pues yo le daré este gusto. Antes de vuestra llegada lo había resuelto ya. (*Gran agitación entre los generales, que se aumenta por grados.*) Por mis capitanes lo siento, porque no veo cómo obtendrán el dinero que anticiparon, ni las recompensas que tan merecidas tienen. Un nuevo jefe se acompaña siempre de hombres nuevos, y envejecen pronto los antiguos servicios. Además, en el ejército figuran muchos extranjeros, y si á mí me bastaba que el soldado fuese hábil y valiente, sin atender para nada ni á su procedencia ni á su religión, en lo futuro será de otro modo; pero esto ya no me concierne. (*Se sienta.*)

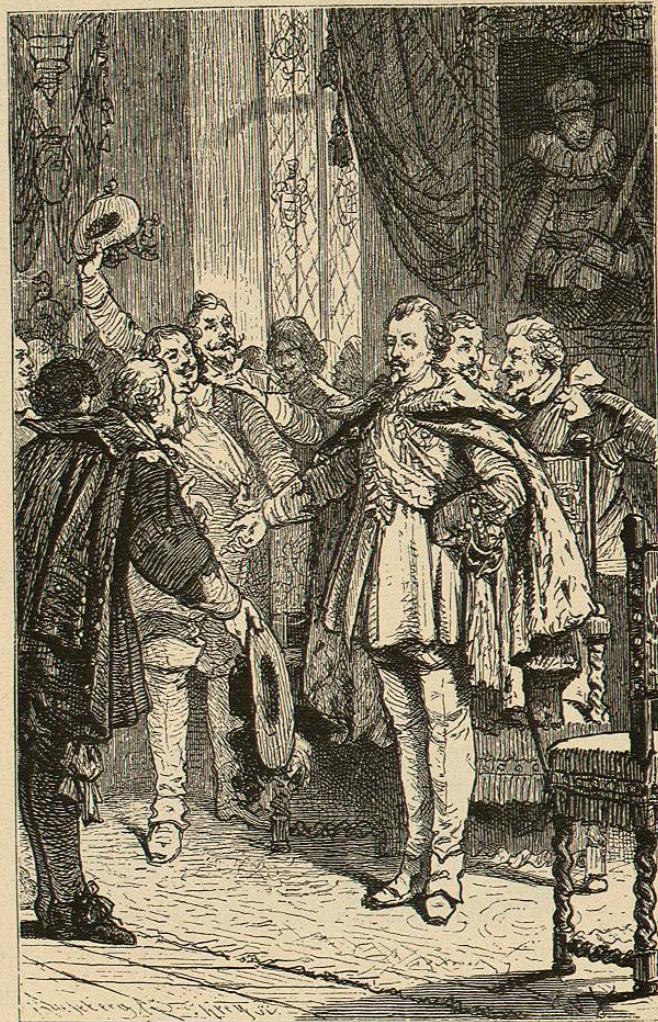
MAX.—Dios nos libre de llegar á tal extremo. El ejército entero se sublevaría con espantoso tumulto... Sin duda se abusa del nombre del Emperador... Esto no es posible.

ISOLANI.—Es imposible; todo se desplomaría de una vez.

WALLENSTEIN.—Pues así será, mi fiel Isolani: cuanto alzamos con nuestra prudencia se hundirá en escombros. Pero ya encontrarán otro general y otro ejército para reunirse en torno del imperio, en cuanto suene el tambor.

MAX (*agitado, apasionado, va de uno á otro para apaciguarlos*).—Oídme, general; oídme, señores. ¡Calma, príncipe! Nada resolváis hasta que hayamos celebrado consejo y dirigido nuestras representaciones... Venid, amigos; creo que aún estamos á tiempo de repararlo todo.

TERZKY.—Venid, venid; á fuera encontraremos á los demás oficiales. (*Se van.*)



WALLENSTEIN.—¡ Señor de Questenberg !

BUTTLER (á Questenberg).—Si queréis seguir un buen consejo, no os presentéis en público ahora; podría ser muy bien que vuestra llave de oro no os preservara de la violencia. (Suenan rumores dentro.)

WALLENSTEIN.—El consejo es oportuno. Octavio, tú me respondes de la seguridad de mi huésped. ¡Señor de Questenberg!... (Saludándole; Questenberg intenta hablar.) No, ni una palabra más sobre este odioso asunto. Cumplisteis vuestro deber, y sé distinguir perfectamente el hombre de su cargo.

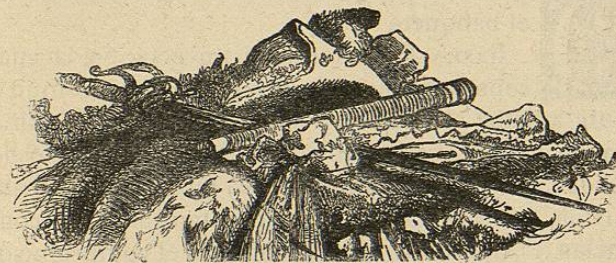
(Questenberg y Octavio intentan retirarse en el punto en que salen Goetz, Tiefenbach y Collalto, seguidos de otros comandantes.)

GOETZ.—¿Dónde está quien á nuestro general...?

TIEFENBACH (al mismo tiempo)...—¿Qué acabamos de oír?... ¿Quieres...?

COLLALTO.—Queremos vivir y morir contigo.

WALLENSTEIN (señalando á Illo con dignidad).—El mariscal de campo conoce mi voluntad. (Vase.)





ACTO III

ESCENA I

Una habitación

ILLO, TERZKY

TERZKY

DECIDME, ¿qué pensáis hacer con los jefes en el banquete?

ILLO.—Redactaremos un acta, en la cual conste que nos comprometemos en común á seguir adictos al duque, y á verter por él la última gota de sangre, salvo sin embargo el juramento de fidelidad prestado al Emperador... Observad que esta cláusula figurará tan sólo para tranquilizar las conciencias... Ahora bien, así formulado el compromiso, será leído á todos antes del banquete, y no podrá chocar á nadie; pero, fijaos en esto... cuando el vino habrá enturbiado las potencias, presentaremos otro escrito, sin la cláusula, para firmarlo.

TERZKY.—¿Y cómo suponer que se considerarán ligados por un juramento arrancado con astucia?

ILLO.—Bah, cuando estén comprometidos, ya pueden chillar lo que gusten. En la corte darán más crédito á sus firmas que á sus sagradas protestas, y una vez declarados traidores, se verán forzados á serlo; con que harán de la necesidad virtud.

TERZKY.—Perfectamente; me parece bien. Acertemos el golpe, y adelante.

ILLO.—Además, lo que nos importa sobre todo, no es el éxito con los generales, sino persuadir al jefe de que están á su disposición. Obre él resueltamente como si dispusiera de ellos, y suyos serán y los llevará donde quiera.

TERZKY.—Ocasiones hay en que no le comprendo. A veces atiende al enemigo, me hace escribir á Thurn, ó á Arnheim, habla con absoluta confianza de Sesina, y me entretiene horas enteras desarrollando sus planes; y cuando me figuro ser dueño absoluto de su secreto, se me escurre de entre las manos. Me parece que por ahora sólo desea continuar como antes.

ILLO.—¡Renunciar él á sus antiguos proyectos! Os aseguro que ni dormido ni en vela se ocupa en otra cosa. Diariamente consulta los astros acerca del asunto.

TERZKY.—Ah, sí; ¿sabéis que esta noche se encierra con el doctor en la torre para hacer observaciones? Según dicen, esta noche es de gran trascendencia, y han de ocurrir en el cielo grandes fenómenos, esperados mucho tiempo há.

ILLO.—¡Ojalá ocurrieran también en la tierra! Ahora los generales deliran por él y harán cuanto sea dable por no privarse de su jefe. ¡Qué ocasión tan propicia! Vamos á formar una alianza estrecha contra la corte para conservarle el mando, y aunque el pretexto es inocente, ya sabéis que en el calor de la acción bien pronto perdemos de vista el punto de partida. Si el príncipe los halla dispuestos á seguir adelante con una